

**XXIV Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana -  
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, marzo de 2011**

**Mutando fronteras: la literatura latinoamericana  
en Nueva York**

Gabriela Tineo

Universidad Nacional de Mar del Plata

Hace poco más de una década y media, en el *IV Encuentro Latinoamericano en la Universidad de Berkeley* dedicado a Puerto Rico,<sup>1</sup> Tato Laviera ganó el protagonismo al iniciar la sección de lecturas de poemas y, en alianza con el crítico Juan Flores, descolló en un momento compartido, eclipsando las figuras de otros poetas: su vestir caribe desafiante del clima californiano resultó el signo visible de otros desafíos, de otras provocaciones suscitadas por la participación del neorriqueño. Los colores pasteles de su camisa, el pantalón, tal vez de lino marfil, los zapatos blancos y un sombrero panamá que acentuaba su mulatez no sólo contrastaban con los otros vestires y con la sobriedad de las líneas, los tonos del mobiliario y la suntuosa y monumental arquitectura de la Sala Morrison. Fueron, además, las señales anticipatorias del carácter espectacular que tuvieron su recital de poesía como solista y su intervención a dos voces.<sup>2</sup> En ambos pasajes las posturas y contorsiones de su cuerpo se mostraron laxas, desconocedores del recato, y su voz se desgranó en variaciones prosódicas de intenso poder convocante y seductor. Por momentos melodiosa – cercana al canto, por momentos percusiva desde la repetición y el juego entre silencios e irrupciones de acentos, brevísimos sonidos o palabras –cercana al golpe del tambor, sola o en contrapunto con un coro improvisado –el público presente, convertido por la interpelación del solista en el otro imprescindible de la dinámica de llamado-respuesta de

---

<sup>1</sup> “Displacing Citizenship/La condición puertorriqueña”, convocado por Antonio Cornejo Polar, y celebrado los días 21 y 22 de marzo de 1995, a instancias de Julio Ramos y Yolanda Martínez-San Miguel quienes propusieron la cuestión puertorriqueña contemporánea como tema del encuentro.

<sup>2</sup> Laviera y Flores compusieron un texto al alimón, donde el discurso literario y el discurso académico entablaron una fecunda interacción con arreglo al cruce de lenguas, temporalidades y referentes culturales que los poemas escenificaban y la reflexión crítica asediaba desde sus protocolos indagatorios y argumentativos

los ritmos afrocaribeños, la poesía de Laviera en español boricua, en el inglés del Barrio o tramada en un registro donde ambas lenguas se rompen y mixturan relocalizaba, de modo rotundo, Puerto Rico en California.

Si elijo comenzar por esta escena recuperadora de la experiencia que selló mi descubrimiento de la poesía neorriqueña, es porque en ella encuentro el punto de arranque apropiado para enhebrar algunas reflexiones acerca de una de las vertientes de la literatura latinoamericana, porque ella emblematisa los problemas con los que se enfrentan la crítica y la historiografía literarias a la hora de asignar una identidad, de fijar un sitio de pertenencia, de excluir o familiarizar con una tradición, textos, como los de Laviera, nacidos en la diáspora neoyorkina.<sup>3</sup>

“Nueva York sería la otra capital de Puerto Rico” –afirma el boricua Luis Rafael Sánchez. Y agrega: “si no lo fuera de toda Hispanoamérica” (23). En clave metafórica, la expresión condensa la fuerza centrípeta que ejerce la metrópoli como lugar de confluencia de diversas migraciones, y en su horizonte acoge el volumen de una literatura que ha venido desafiando la imaginación crítica a lo largo del siglo XX, con notable énfasis en sus últimas décadas y en lo que va de nuestro siglo.<sup>4</sup> Desde las lealtades culturales que declaran o silencian, desde las lenguas elegidas, las memorias que niegan o recuperan, los textos de la diáspora tensan geografías, ponen en conmoción la categoría de frontera –territorial, lingüística, cultural y hasta jurídica– y estimulan la búsqueda de renovados parámetros para inteligir el corpus ciertamente escurridizo que componen.<sup>5</sup> Un corpus en cuyo interior se

---

<sup>3</sup> Jesús Laviera Sánchez nació en Santurce en 1951 y desde 1960 vive en Nueva York. He tomado su *performance* en el Encuentro de Berkeley como umbral de especulaciones en otros trabajos dedicados a su obra y a la poética neorriqueña. En esta ocasión, me valgo de ella y expando sus alcances para enfatizar su fuerza descriptiva de los rasgos amasados por las interrelaciones de los variadísimos factores de índole política, cultural, social, histórica, y matrices y referentes que intervienen en la formación de la identidad cultural de los latinoamericanos en los Estados Unidos.

<sup>4</sup> En su agudo y abarcador ensayo “Diáspora, nomadismo y exilio en la literatura latinoamericana contemporánea”, Celina Manzoni examina detenidamente las implicaciones de las distintas formas del desplazamiento geográfico en textos argentinos, chilenos, cubanos y puertorriqueños producidos fuera de los países de origen de sus autores, e inquiriere los aspectos a través de los cuales esos textos, en particular los cubanos, constituyen “un reto para la imaginación crítica” (4). LLILAS, The University of Texas at Austin. <http://www.utexas.edu/cola/insts/llilas/>

<sup>5</sup> Uso “fronteras” a partir de la duplicidad que anida en el término y de acuerdo con los modos en que se lo concibe y emplea en los estudios de los procesos de construcción de identidades contemporáneos, es decir, según sea mi propósito de conferirle el carácter de “objeto/concepto” o de “concepto/metáfora” para enfatizar o combinar su propiedad denotada de límites físicos, políticos, territoriales o su capacidad portadora de la dimensión simbólica, cultural. Véase Alejandro Grimson. Sin dudas, este enfoque robustece el campo teórico

entreveran desde el prejuicio racial o las condiciones de exclusión que regulan la vida del migrado hasta las políticas de Estado o académicas y editoriales que lo tornaron invisible durante largo tiempo o le confieren remozada entidad en las últimas décadas. Son políticas estatales, académicas y editoriales no sólo del país donde se hace esta literatura, Estados Unidos, sino también de los países de donde proceden (por haber nacido, por descendencia o herencia cultural) sus hacedores.

No busco dar respuestas a los múltiples interrogantes que plantean los textos pues a la hora de indagarlos, desde una perspectiva de conjunto, se ofrecen reticentes a dejarse doblegar por denominadores comunes que borren sus señas particularizadoras, en especial las que atañen a las múltiples y complejas formas en que se procesan y modulan los sentidos de pertenencia. Pretendo compartir algunas reflexiones, algunas observaciones preliminares, tentativas de aprehensión y dilucidación, que tal vez sirvan para pensar y ensayar modos de leer el objeto literatura latinoamericana de frente al mapa dilatado que traza en el escenario multicultural de Nueva York.<sup>6</sup>

Sabemos que a partir de los setenta, y sobre todo en los ochenta y noventa del siglo XX, en los Estados Unidos comienza un creciente interés por ese corpus que, desde los circuitos académicos y a través del tiempo, ha recibido denominaciones diversas.<sup>7</sup> Al compás de la progresiva mutación de la fisonomía neoyorkina desatada por corrientes migratorias de América Central, del Sur y del Caribe (continental e insular), que encontré en los términos “pan-étnica”, “pan-latina” o “trans-latina”, algunas de las categorías capaces de contener la diversidad de procedencias que confluyen en la “ciudad global” y los pliegues y repliegues en que se interconectan, hasta el punto de haber posibilitado la postulación de otro término para nombrarla –el “nuevo New York”; al compás de esa mutación demográfica y fisonómica, entonces, la crítica y la historiografía literarias apelaron al rótulo de “étnica”, “de minorías”, “hispana” o a la palabra más consensuada en

---

nutrido por los estudios de Nelly Richard, James Clifford, Gilles Deleuze, y Felix Guattari, Caren Kaplan, Angélica Bammer y Néstor García Canclini, entre otros.

<sup>6</sup> Por cierto, estas reflexiones despuntan desde mi lugar de enunciación, esto es, desde mi experiencia como docente de literatura latinoamericana en la universidad pública argentina, en cuyos programas de estudios la literatura de la diáspora ocupa un lugar impreciso, cuando no brilla por su ausencia.

<sup>7</sup> Tal interés germina principalmente en la comunidad intelectual de latinoamericanos que ingresan o están afincados por esos años en universidades estadounidenses; me refiero en especial a puertorriqueños y cubanos apegados a la voluntad de ampliar y consolidar el conocimiento sobre la literatura de América Latina en general, y de la diáspora de sus países de origen en particular.

nuestros días, “latina”, buscando apresar la literatura forjada por las generaciones más jóvenes de migrados o de los hijos de oleadas precedentes nacidos en la metrópoli, de quienes eligieron o debieron abandonar sus países durante el siglo XX, sobre todo con acelerada intensidad a lo largo de su segunda mitad.<sup>8</sup>

Enlazada con la larga tradición del exilio caribe, que renuevan los primeros puertorriqueños tras la guerra del 98, o con los flujos y reflujos del mediosiglo, en sintonía con los movimientos de reivindicación de los derechos de las minorías –gay, femenina, negra– de los sesenta y los setenta, la literatura de la diáspora prolifera y se diversifica acompañando el ritmo acelerado de los desplazamientos provocados no sólo por la globalización. Unos tras el “sueño americano” que impulsa el viaje al Norte; otros constreñidos al exilio por las persecuciones políticas, las guerras civiles, y los efectos expulsivos de la intervención militar del imperio en zonas debilitadas por gobiernos dictatoriales, lo cierto es que tanto los miles de transterrados como sus descendientes en el lugar de acogida consolidaron, generación tras generación, el cuerpo inquieto y heterogéneo de una comunidad que, más allá de sus contrastes y conflictos, y en contrapeso de los discursos oficiales y las políticas de Estado excluyentes, temerosas de la mezcla y aspirantes a la asimilación, intensificó sus parentescos, fraguando alianzas y solidificando prácticas donde se reafirma una identidad diferenciada, compartida.<sup>9</sup> Sin embargo, como lo apunté, es imposible diluir con intenciones allanadoras el vasto espectro de resoluciones en que se conciben y construyen los modos entender y de procesar la experiencia de las mudanzas geográficas y culturales en los textos, ni de afirmar que, globalmente

---

<sup>8</sup> Eliana Rivero recoge las distintas “etiquetas” con que se ha venido nominando la producción cultural de los latinoamericanos en los Estados Unidos –en sus términos “latinounidenses”. Traza una genealogía de los términos y explora sus contenidos y “usos” para problematizarlos desde una perspectiva que revisa con rigor tanto sus fundamentos teóricos y metodológicos como sus aplicaciones estratégico-políticas. Asimismo estudia los “vestigios” de “panlatinidad”, “imaginario posnacional de los grupos étnicos latinounidenses”, en textos chicanos, cubanoamericanos, dominicanoamericanos y neorriqueños. (714). Entre las fuentes imprescindibles que exploran la comunidad cultural y literaria latinoamericana en los Estados Unidos, se encuentran Aparicio; Delgado- Stefancic, Flores, Luis, Madrid y Zimmerman.

<sup>9</sup> En “Migrancia: memoria: modernidad”, Abril Trigo afirma: “es la confluencia de extranjeros emigrados de diversos rincones periféricos lo que hace de una ciudad una metrópolis. Esas comunidades de emigrados, exiliados y refugiados provenientes de regiones, culturas o clases subalternas, constituyen el auténtico caldo de cultivo de la productividad (disidente) modernista, en tanto que, portadores de culturas diferentes, tradiciones diferentes, lenguas diferentes, son capaces de producir, desde su diferencia, una visión a contrapelo de y desde la modernidad misma, la contracara complementaria de la cultura hegemónica.”. En Mabel Moraña (ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina*, Santiago, Editorial Cuarto Propio-III, 2000, 287.

considerados, su centro irradiador de sentidos por excelencia sea la cuestión identitaria. El tiempo obra de modo sensible en las generaciones de migrados y en sus maneras de reconocerse colectivamente, y la literatura es signo modelizador privilegiado de esas variaciones. Allí están los relatos y las poemas para advertirnos sobre la impertinencia de una lectura por abrazadora, reductiva. Aun cuando en vastas zonas de la producción es posible leer la persistente voluntad de reafirmación identitaria, el apego a las raíces y la nostalgia de la que se reviste la tierra que se ha dejado atrás e incluso la utopía del regreso, en otras zonas, eslabonadas firmemente a partir de las últimas décadas del siglo XX, la sustancia de la condición diaspórica estalla, arborescente, y cercena pretensiones de sistematización inflexibles. Fecunda subjetividades rezumantes de intercambios, negociaciones y transvases de acervos y colecciones. Yendo a los textos: si, en términos amplios, la literatura de las décadas del sesenta y del setenta recurre con preferencia al español y tematiza la añoranza, la vitalidad de patrimonios, la que amasan los que migran a partir de los ochenta o de los nacidos en los Estados Unidos no disipa ineluctablemente el lugar del origen y sus tradiciones, aunque atempera la carga traumática y el sentido de pérdida y descentra la autoridad de la lengua única.

Es cierto, dije, que el tiempo obra de modo incisivo en las generaciones de transterrados y en sus procesos de identificación colectiva porque también es cierto que no todos los traslados son equivalentes y tampoco las opciones de escritura que animan. Nutridos por trasiegos temporarios o definitivos, elegidos o forzados, sesgados por el resentimiento o el tenaz empeño de reconexión, de reconciliación, como viaje, fuga o exilio, afiliados o desafilados de la genealogía familiar-nacional, actualizando la memoria de los orígenes o difuminándola, atenazados por la obsesión de mantener vivo el país natal y el desvanecimiento de las diferencias por la fuerza amalgamadora de la multiculturalidad, los textos de la diáspora suscitan la discusión, la puesta en debate, en varios sentidos, la reformulación de las nexos entre el aquí y el allá.<sup>10</sup> Fomentan la necesidad de ensayar herramientas capaces de favorecer miradas cuyos alcances habiliten formas alternas de pensar sus entramados, desembarazadas de la polarización a la que parecen haberse ceñido

---

<sup>10</sup> Importa insistir en el hecho de que existen disimilitudes, a veces abisales, entre las experiencias del desplazamiento. No me refiero tan sólo a los matices que particularizan el exilio, la diáspora, el nomadismo, la errancia o la migración. Aludo, además, a las condiciones históricas, sociales y políticas que determinan, en cada caso, esas experiencias y a su traducción en los proyectos estéticos, en cuyo interior se redefinen y pueblan de contenidos diferenciados las fronteras, la desterritorialización y la reterritorialización.

durante décadas: de un lado, aquellas que sujetas precisamente a la antinomia aquí-allá desagregan la literatura diaspórica de una literatura nacional o la emparentan no sin abonar esquemas interpretativos que densifican su naturaleza indisciplinada, disforme respecto de un canon rector, y entonces gravada de ilegitimidad, a veces apéndice, desvío, prolongación contaminada; de otro, aquellas que suscriben la hipótesis de que esta literatura fertiliza un mismo cuerpo más allá del lugar en que se escribe, incluso más allá de la lengua en que se escribe.<sup>11</sup> Si en palabras de Bhabha, “los emigrados [son] las marcas de una frontera movediza que [...] cuestiona la idea y el discurso totalizante de la nación” (315), la literatura de la diáspora, tanto a partir de las tramas de identidad que dramatizan mediante los usos de la lengua y la memoria como a través de las operaciones críticas que ha propiciado, remece los confines de las literaturas nacionales, desestabilizando maneras de concebirlas que anclan en los límites geopolíticos del territorio nacional y reducen la migración “en la economía de la pérdida y el extravío” (San Miguel-Ramos, 221). Vuelvo al condicional; si hispano es una categoría censal aglutinante y latina, la que sirve para encapsular con iguales aspiraciones contenedoras, las prácticas de la comunidad procedente de la América cuya lengua materna no es el inglés, neorriqueño, dominicanoamericano, mex-yorker, cubanoamericano, entre tantas otras, resultan categorías delatorias de las identidades desplazadas de quienes ponen lenguas y tradiciones culturales en convivencia afable o agónica, desencadenantes de preguntas de distintos calibres. ¿Dónde situar las obras de cubanos, salvadoreños o guatemaltecos que escriben en inglés, por ejemplo, o que apelan también al español, en un gesto de apropiación de ambas filiaciones, o la de mexicanos y dominicanos que optan por el inglés para mixturarlo con el español (o a la inversa), a través de múltiples procedimientos, que debilitan el vigor del criterio lingüístico como paradigma excluyente de entronque, o la de aquellos que se inclinan sostenidamente por ediciones bilingües? ¿Cómo ponderar las argumentaciones ofrecidas por quienes eligen el inglés, desde las razones prácticas de mercado hasta las comprometidas con aspectos psicoanalíticos que adjudican a esa elección el sentido de una venganza contra los padres, contra la patria? ¿Dónde aposentar los textos que aunque escritos en español esquivan o traslapan legados? ¿De qué instrumentos valernos para sopesar las ciudadanías que

---

<sup>11</sup> Este vector de análisis –que atañe la elección de la lengua y arrastra consigo los vínculos entre lengua y nación– es uno de los más complejos y perturbadores a los que se enfrenta el pensamiento crítico.

reclaman o a la que renuncian los textos, a contrapelo, muchas veces, de la ciudadanía rubricada en los documentos de identidad de sus productores? ¿A qué familia pertenece la literatura neorriqueña de la que hablé al comenzar, sea en español, en inglés o en espanglish, cuando los puertorriqueños son jurídicamente ciudadanos estadounidenses, pero sus textos no forman parte del canon de los Estados Unidos?<sup>12</sup>

Las preguntas son muchas y la serie podría ampliarse, engarzando cuestiones comprometidas con la moderada visibilidad de este corpus en los programas de literatura en universidades estadounidenses y en las nuestras,<sup>13</sup> con el gravamen de su exotización en el norte como maniobra del mercado editorial y con las estrategias de editoriales latinoamericanas que resisten –por lo pronto de manera sostenida– su inserción. No obstante, hay señales encaminadas en dirección inversa. Pienso en estudios, antologías, ensayos o renovadas historias literarias que suprimen o adelgazan la distancia entre el aquí y el allá para patrocinar un canon inclusivo. Se trata de operaciones críticas de alto poder desbaratador de prismas monolíticos y totalizadores, que no han alcanzado aún el rango de validación e institucionalización acorde con la densidad y extensión del discurso que las promueve, y que, en gran medida, serán susceptibles de lograrlo en alianza con políticas editoriales, de Estado, académicas y de la práctica docente misma; acciones cuyo grado de efectividad sólo podremos mensurar con el paso del tiempo. Mientras tanto, recordemos que como señala Ana Pizarro (275), “la historia literaria [...] tiene la tarea de absorber el trabajo de la crítica, así como la crítica necesita de la historia y necesita poner en evidencia los solapamientos y las marginaciones”, y obremos. La indeterminación de su paradero, los problemas a través de los cuales nos interpelan, los interrogantes que desatan y las especulaciones hacia las que nos derivan los textos de la diáspora se tornan acicates para quienes leemos y enseñamos literatura latinoamericana, y, palpitantes, nos incitan a repensar los dominios de nuestro objeto..

De modo figurado, en flexión metonímica, Nueva York se dilata y proyecta el espesor de una textualidad ya no latina, ni hispana, ni étnica, ni de minorías como la

---

<sup>12</sup> “¿Qué es una literatura nacional?”, se pregunta Ambrosio Fornet. “Si es aquella que se inscribe en el seno de una tradición asociada a ciertos territorios específicos, ¿dónde situar la que se produce fuera de ellos, pero reclama no obstante derechos de ciudadanía literaria”. [...] Las literaturas chicana, neorriqueña, cubano-americana [...] ¿a qué ámbito cultural pertenecen?” (2002, 48). “La diáspora latinounidense: globalización e identidad”, *Casa de las Américas*, 226, 2002, 48.

<sup>13</sup> Hablo de las argentinas.

nombran en el norte, sino latinoamericana en los Estados Unidos. Proliferante, esta literatura expande el mapa de nuestro continente y demanda la descompresión de nuestra mirada, la administración de insumos teóricos y metodológicos sensibles de contribuir a removerla del lugar difuso e inestable al que parece confinada.<sup>14</sup> Una de las zonas del discurso literario que, por hallarse encabalgada entre memorias, lenguas, territorios y archivos propios y apropiados, a excepción de intermitentes y convencidos gestos de adscripción a un “linaje patrio”,<sup>15</sup> las literaturas “nacionales” no reclaman abiertamente como suya.

### Bibliografía

Angelika Bammer (ed.), *Displacements: Cultural Identities in Question*. Bloomington: Indiana University Press, 1994.

Homi Bhabha, *Nation and Narration*, Londres-Nueva York, Routledge, 1990, 291-322.

Caren Kaplan, *Questions of Travel: Postmodern Discourses of Displacement*, Durham, Duke University Press, 1996.

James Clifford, *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa, 1999.

Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1988.

Richard Delgado y Jean Stefancic (eds.), *The Latino/a Condition: A Critical Reader*, New York, New York University, Press, 1998.

Jorge Fonet, “La diáspora latinounidense: globalización e identidad”, *Casa de las Américas*, 226, 2002.

-----, “Y finalmente, ¿existe una literatura latinoamericana?”, *La Jiribilla. Revista de Cultura Cubana*, 9-15 de junio, VI, 2007.

---

<sup>14</sup> “Está claro que a estas alturas no podemos borrar, so pena de automutilarnos, la producción de los escritores *latinounidenses*, para usar el término acuñado por Eliana Rivero. Entender y definir la América Latina implica trazar un nuevo mapa que incluya esos desplazamientos, a esos migrantes que van del Sur al Norte, del campo a las ciudades, a pie, en balsas o en yolas, e incluso navegando en internet. Todos están dotando de un rostro distinto, y modificando las fronteras del continente en que vivimos, y es necesario diseñar un nuevo atlas que dé cuenta de ello.” (1). Véase Fonet 2007.

<sup>15</sup> Me tomo (y despliego el radio de incumbencia) de la expresión que propone Elsa Noya para designar la tradición literaria nacional puertorriqueña.



Juan Flores, "Pan-Latino/Trans-Latino: Puerto Ricans in The 'New Nueva York' ", *From Bomba to Hip-Hop: Puerto Rican Culture and Latino Identity*, New York, Columbia University Press, 2000, 141-65.

-----"Life Off the Hyphen: Latino Literature and Nuyorican Traditions". *Mambo Montage: The Latinization of New York*. Agustín Laó-Montes y Arlene Dávila (eds.), New York, Columbia University Press, 2001, 185-206.

----- "The Latino Imaginary: Dimensions of Community and Identity". *Tropicalizations: Transcultural Representations of Latinidad*. Frances Aparicio y Susana Chávez-Silverman (eds.), Hanover, University Press of New England, 1997, 183-93.

Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.

-----, *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

Alejandro Grimson (Comp.), "Introducción. ¿Fronteras políticas versus fronteras culturales?". *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS-Ediciones La Crujía, 2000, 9-40.

William Luis, *Dance Between Two Cultures: Latino Caribbean Literature Written in the United States*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1997.

Arturo Madrid, "Juntos y revueltos: The Latino Community at the End of the 20<sup>th</sup> Century", publicación electrónica, Center for Latin American Studies, Mt. Holyoke College, 1997.

Elsa Noya, *Leer la patria. Estudios y reflexiones sobre escrituras puertorriqueñas*, Córdoba, Alción Editora, 2004.

Nelly Richard, "Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: saberes académicos, práctica teórica y crítica cultural", *Revista Iberoamericana*, 180, Julio/Septiembre, 1997, 345-361.

-----, "Un debate latinoamericano sobre práctica intelectual y discurso crítico", *Revista Iberoamericana*, 193, Octubre/ Diciembre, 2000, 841-850.

Eliana Rivero, "Latinounidenses: identidad, cultura, textos". *Revista Iberoamericana*, LXXI, 212, 2005, 711-729.

Luis Rafael Sánchez, "El cuarteto nuevayorkés". *La guagua aérea*, San Juan, Editorial Cultural, 1994.

Ana Pizarro, "*Historiografía y Literatura: el desafío de otra coherencia*". *Anales del 1º Congreso de ABRALIC*, I, 1988, 275-286.

Yolanda San Miguel y Julio Ramos, "Liminares". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXIII, 45, 1997, 219-229.

Marc Zimmerman, *U.S. Latino Literature: An Essay and Annotated Bibliography*, Chicago, March/Abrazo Press, 1992.